

Capítulo 5 - — Salvar la escuela habría sido más sencillo si hubiera sido camarero en la cafetería

- Capítulo 5 - — Salvar la escuela habría sido más sencillo si hubiera sido camarero en la cafetería

Capítulo 5 - — Salvar la escuela habría sido más sencillo si hubiera sido camarero en la cafetería

El tiempo voló rápidamente, y Cal se encontró sentado en el lujoso asiento de cuero de un coche negro de ciudad. Su misión había sido exitosa; algo había alterado la región más de lo habitual, y él había sabido aprovecharse de varias disputas en curso. Esto lo dejaba muy satisfecho con la cosecha. La recuperación tras el Desperdicio fue fluida. La nave aérea, sin hélice y movida por magia, que lo había recogido, era especialmente osada, adentrándose más que en anteriores ocasiones en territorio desconocido. Aunque no tan rápida como la nave espacial en la que había llegado, el helicóptero superaba en velocidad a la que un viejo dirigible podría ofrecerle. Con razón, esas máquinas estaban siendo retiradas del servicio y sustituidas por aviones más pequeños y ágiles. Casi se topan con un contratiempo cuando una bestia hambrienta intentó devorar su helicóptero. La pilotea demostró su valía esquivando el ataque y lanzando su carga sobre la criatura. La sonrisa que exhibió después hizo sospechar a Cal que había una motivación oculta tras haberlo recogido tan temprano. La base en la que fue dejado, a continuación, era todo lo que esperaba de los sitios negros de la Federación. Situada en medio de un lugar remoto, era el tipo de lugar donde nadie reconocía tu existencia a menos que fuera absolutamente necesario. Charlas equivalían a arrastrar una muela. Su teoría preferida era que les descontaban dinero en su salario en función del número de palabras que pronunciaban a la semana. Aunque podía admitir que realizaban un buen trabajo. Se retocó el "nuevo" rostro. Se sentía extraño. No mal, exactamente, pero sí raro. Le habían dicho que esa sensación desaparecería con el tiempo. De alguna manera, dudaba que lo mismo ocurriera al ver a un desconocido en el espejo cada mañana. Salvo por el llamativo cabello y ojos rojos, era difícil precisar qué habían cambiado exactamente. Mil pequeños detalles que se sumaban en algo inconfundible: que no era él. Además, dolía muchísimo, ya que había rechazado cualquier anestesia que no fuera local. Tonto de él... Reconoció que el resultado le hacía lucir mejor que antes, una confesión que lamentó cuando, en un arranque de charla inusual, uno de los técnicos le informó que su rostro estaba diseñado para estar un poco por encima de la "media". Maldito... También le ofrecieron modificar su estatura, pero le desaconsejaron hacerlo. Aparte de alterar su perfil, eso también afectaría sus movimientos. Como no quería terminar cayendo al suelo recurrentemente, aceptó la recomendación. Cruzar la frontera fue sencillo, o al menos así lo vio él. Durante todo el tiempo estuvo encerrado en una caja. Por el balanceo que percibía, en algún momento habrían cruzado el Gran Río. La caja no tenía ventilación, así que alguien tuvo bastante suerte de que no fuera propenso a marearse. Por el camino, empezó a

ahogarse un poco, pero achacó eso a una falsa confianza en que estaría bien, en lugar de un intento deliberado por acabar con su vida. Finalmente, alguien desconocido desbloqueó el contenedor y lo colocó en un tren. Desde allí, conoció al hombre que ahora lo conducía a su residencia temporal. Y a su falsa familia temporal. ¿Le sudaban las manos? Sin duda. Se las limpió en los pantalones y se alegró de que su chaqueta deportiva ocultara también el sudor en su camisa. Cultistas, demonios, bestias mágicas, asesinos con una carisma desesperante. Prefiere eso cualquier día antes que esto. Era como recibir llamadas en las que te ofrecen un trabajo que solicitaste meses atrás, solo que llevado al máximo. Y ahora, su pie empezaba a golpear el suelo. Respiró profundo y se calmó. Está bien. Esperaban que interpretara a un espía frío y sin corazón de la Federación. Eso sería. Lo único que debía hacer era cuidar sus palabras y hablar despacio para no cometer errores. Si le preguntaban algo que no supiera, simplemente fruncir el ceño con intención amenazante. Y si, por cosas del destino, le corregían, había que mirarles con más severidad aún. Todo estará bien. Un plan impecable, o al menos eso intentaba convencerse. El coche se detuvo de repente. El conductor salió, rodeó el vehículo y abrió la puerta para él. Cal bajó con seguridad. Frente a él se extendía un palacio de estilo europeo en todo su esplendor. Algo que no aparecía en el folleto. Lo descartó rápidamente y se acercó a la gran entrada, preocupado por parecer un zagal remetido si se quedaba mirando boquiabierto. Aparecieron dos criadas que abrieron las puertas para recibirlo. Mantuvo la vista fija y pasó a su lado, decidido a no quedar atrapado en una mirada fija. Al ingresar en el vestíbulo, se encontró con una impresionante escalera y la lámpara de araña más grande que había visto en su vida. Las criadas transitaban a su alrededor, limpiando y realizando tareas varias. Metió la mano derecha en el bolsillo, palmeando la estrella que allí llevaba. Eso y los libros, ahora en la maletín que sostenía con la izquierda, eran todos sus objetos. La estrella casi la había dejado, ya que parecía sin utilidad en un lugar tan alejado del territorio de la Federación. Pero no podía imaginar nada peor que ser descubierto con ella. Por ahora, la sentía reconfortante y tenía un efecto calmante en él. "Señor." Un hombre con uniforme de mayordomo se acercó y le hizo una reverencia superficial con la mano sobre el pecho. "Si me permite, el Lord Ardere lo recibirá en su oficina." Cal asintió ligeramente, y el sirviente se dio la vuelta, conduciéndolo por la escalera. Pasaron junto a varios miembros del personal, y Cal sintió las miradas que lo seguían. Pararon frente a un par de puertas de madera pulida, que parecían nuevas por su impecable mantenimiento. El mayordomo tocó y esperó respuesta antes de abrirlas, haciendo una seña para que entrara. Con pasos firmes, Cal cruzó el umbral. El suelo se convirtió en una alfombra roja de terciopelo. La habitación era circular, con estanterías llenas de libros a ambos lados. En el centro, una mesa de café con dos sofás a sus lados. Al fondo, justo en frente de la entrada, se encontraba un escritorio de madera tallada, con un hombre escribiendo en papeles. Sus rasgos estaban dificultosamente discernibles por el brillo de las ventanas tras él. "Gracias, Harrison. Eso será todo," dijo el hombre sentado sin levantar la vista de su trabajo. Cal no se movió, pero escuchó cómo el mayordomo salía y cerraba la puerta tras de sí. "Por favor, siéntese." El Lord, su nuevo "padre", hizo un gesto hacia los sofás. "Tengo trabajo que terminar; hablamos después." Callum obedeció y se sentó, colocando su maletín en el suelo junto a él. Sintió un sobresalto interno, una especie de nerviosismo por qué hacer con las manos, y optó por cruzarlas sobre el pecho. Cerró los ojos, evitando que se movieran demasiado. ¿Era real esta espera o solo un juego mental que él trataba de inventar? Había estado encerrado demasiado tiempo. Olvídalo, de entender política, mejor reeducarse en las interacciones sociales básicas; esto no es tan diferente a un simple enfrentamiento. Sus pensamientos se dispersaban demasiado, necesitaba detenerse. La solución llegó sola. Entró en su trance personal, haciendo que el mundo desapareciera. Aunque solía reservar ese estado para descansar, imaginó que en breve le sería de

gran ayuda. Un destello de poder le obligó a abrir los ojos. "Perdón," dijo el Lord, ahora sentado frente a él, sostenido una taza. "El trabajo tomó más tiempo del previsto." Ahora, fuera de las ventanas, pudo verlo con mayor claridad. Aunque seguía sentado, el hombre sobrepasaba en altura a Cal. Alto. No delgado, sino con músculos tensos bajo su camisa. La expresión de su rostro era dura, con líneas que hablaban de edad, enmarcado por un cabello rojo despeinado y unos ojos rojos que parecían penetrar. La taza mostraba restos de magia, como si hubiera sido calentada por el propio hombre. ¿Cuánto tiempo había estado fuera de sí? La luz en la habitación se había desplazado, pero no podía entender exactamente qué significaba eso. Tampoco había notado el juego de té antes; ¿estaba allí desde siempre, o alguien lo había traído en ese momento? No lo sabía, y ya había estado demasiado tiempo mirándolo. Sería incómodo responder ahora; mejor, en todo caso, evitar la mirada incómodamente prolongada. Al final, prefirió mantener la mirada. El Señor rompió el silencio primero, tomando un sorbo de su té y diciendo, "Permítame establecer algunas reglas básicas." Reglas básicas, eso sonaba bien. Hasta inteligente; debería haber pensado en eso. Cal asintió. "Primero, no involucraré a mi familia en sus asuntos." Obvio, ¿qué utilidad tendría un grupo de civiles? "Segundo, mientras tenga esa posición, no mancillará el nombre de Ardere." Esto era más difícil. Seguramente fastidiaría a alguien; no se volvería loco como esperaba la Junta, pero algo sucedería. Era inevitable. Haría su mejor esfuerzo. "Tercero—" Cal sintió un destello de poder y giró la vista. Justo a tiempo para ver cómo se explotan las puertas, literalmente. El estallido fue impresionante. Si pasara la mano por su cabello, seguramente encontraría cenizas y astillas. "¡Padre!" Una muchacha, o joven mujer, pisó los restos quemados. Sus puños seguían cubiertos de brasas. "¡Me niego a aceptar esto! ¿No mancillaste ya a mi madre lo suficiente? ¿Ahora tienes que aceptar a un bastard@?" Con base en el escaso expediente que le dieron, ella era un par de años mayor que él y, más importante aún, su nueva medio-hermana. El Lord se levantó casi derribando la mesa entre ellos. "¡Alicia!" La voz le salió profunda, y sus manos temblaban a su lado. "Esto no es asunto tuyo. Vete ahora. A tu habitación, de inmediato. ¡VAMOS!" "¿Asunto mío? ¡Este pecado ensucia mi nombre y mi futuro señorío!" Ella escarneció y apuntó a Cal. "¿O quieres que esto me sustituya como heredera?" Por alguna razón, eso no le ofendió. "No, tú siempre seguirás siendo mi heredera." El Lord dio unos pasos adelante, y Cal perdió de vista a la joven. "Ahora, vuelve a tu habitación; no volveré a pedirte que lo hagas." "Si soy la heredera, tengo derecho a disputar esto." Ella rodeó a su padre, apartando su mano. "¡Tú!" Volvió a señalárselo. "¡Vete ya y nunca regreses!" ¿Salir? Eso sonaba genial. Pero no era una opción. Sería bastante patético que él se rindiera ante el primer obstáculo. La máscara nunca le permitía perder el control. Observó a ambos con atención. La relación de padre e hija se reflejaba claramente en sus rasgos. La chica tenía los ojos rojos penetrantes y un cabello rojo que parecía arder con llamas. Espera, quizás realmente estaba en llamas. Su rostro era algo más suave que el de su padre, con una expresión que prometía muerte en su interior. "No," respondió Cal simplemente, todavía sin saber cómo manejar ese drama familiar. Eso parecía no ser lo que ella quería, ya que la temperatura ambiente subió ligeramente. "¡Entonces te desafío! ¡Nos enfrentamos en el campo, o renuncias a tu derecho sobre el nombre Ardere!" Cal miró al Lord, intentando leer en sus ojos qué diablos pasaba. Con poca experiencia en tratar con personas en esta vida, no era muy buen lector. Pero sí creía ver algo de expectativa. Si pensaba un poco, además del rechazo inicial, el Lord no parecía esforzarse mucho en detener esa confrontación. Claro, pronunciaba palabras, pero sus acciones decían otra cosa. ¿Quería que aceptara? Ah, ahora lo entendía. Quería medir su nivel de poder y usaba a su hija para ello. Bastante insensible, aunque, como esperaba en un noble, era lo esperado. Miró de nuevo a la hija, preguntándose qué tanto de esa rabia era genuina. No importaba, sería una tontería mostrar toda su carta. Pero un pequeño acto sería apropiado. Como

representante de la Federación, no quería que su anfitrión pensara que los había engañado. Se levantó, asegurándose de agarrar su maletín. "Adelante, entonces." La llama que la rodeaba se apagó un poco y ella esbozó una sonrisa victoriosa. "Es como cuando entraste. Ahora, vete—" "Me refería al campo." Su boca quedó abierta y sus ojos se abrieron aún más. Vaya gaffe que acababa de cometer. Debería haberla dejado terminar en lugar de interrumpir. Mal hábito, pero trabajaría en ello.

La sangre es poder. Las palabras del primer Emperador. Las palabras que forjaron el Imperio. Alexander observaba a su hija marchar al combate; él tenía la sangre, pero carecía del poder. Nunca se había culpado tanto por ello. Su hija, su preciosa Alicia, no era como él. Ella poseía el potencial, la fuerza, y con el tiempo restauraría la gloria de su linaje. El tiempo, los chacales, no se lo permitirían. Cercaban, observando, mordiendo sus talones, probando hasta encontrar el momento preciso para devorar su Casa por entero. Él no era un festín a su disposición. Había invocado cada antigua alianza, cada favor pendiente, cada cuerda que pudiera salvarlos. Pero todo fue en vano; el círculo se apretaba cada vez más. Solo le quedaba una cosa por entregar, algo que había guardado durante tanto tiempo. La bendición de los antepasados, la única persona que podía solicitarla era el mismísimo Emperador. Si solo fuera suyo, la entregaría con gratitud ardiente en el alma. Pero el mundo era cruel y él, débil. Así que, cuando exigió lo que no le correspondía entregar, se quebró bajo su voluntad. "Alex." Su corazón vibró ante la melodiosa voz de su amada. Aquella a quien había traicionado, aunque ella lo negara. "¿Qué está ocurriendo?" Se volvió para mirarla, a pesar de su vergüenza. Débil quizás, pero ¿un cobarde incapaz de afrontar a su esposa? No. "Alicia ha declarado el derecho de herencia para desafiar el acto de nombramiento." Sus palabras transmitían el pesar de una vida entera. "Una vez más, la he fallado." Ella tiró de su manga y él contuvo un jadeo de dolor. "Eres un idiota," replicó suavemente, inspeccionando las quemaduras que había sufrido. "No hacía falta que fueras tan lejos; el Emperador no enviaría a alguien que nos dañara." Antes podía haber creído en eso. Ahora solo había quedado en la esperanza. Esperanza de que la serpiente en la que le habían pedido que albergara bajo su techo no mostrara sus colmillos hacia la suya. La esperanza se desvaneció al primer vistazo a la imagen de sus propios ojos, muertos en su faz. En un principio, no pudo enfrentarse a él y soltó una excusa insulsa, buscando desesperadamente tiempo para recomponer sus pensamientos. Tiempo. Eso era todo para lo que servía esto. El Emperador lo había concedido, a costa de su honor. Él nombraría a un bastardo y mancharía su amor. A cambio, su hija ascendería sanamente al puesto de Condesa Ardere. Los chacales se quedaron hambrientos. No era el Quinto; gracias a los Antepasados. La Academia poseía magia antigua, magia anterior a la Caída. Por más traicioneros que fueran, las serpientes no desperdiciarían una de sus herramientas preferidas en una tontería así. Y eso le llevó a preguntarse, ¿qué monstruo ahora se enfrentaba a su hija? El monstruo que permanecía horas sin apenas respirar. Que apenas prestaba atención a su presencia cuando él hacía sus demandas. Que apenas parpadeaba ante la ira de su hija. "Querida." Su amor posó una mano delicada, pero firme, en su espalda. "No eres un tonto. Dime, ¿qué interés tendrían las serpientes en atacarnos? Ninguno. Han venido por una razón y, aunque esa razón esté oculta, sabemos que no somos nosotros." ¿Razón? Lo había visto en su juventud; atacaban por mero entretenimiento. El toque familiar de la magia de su amada fluyó por su ser; la abrazó y lo guió hacia sus males. Se permitió perderse un momento en su suave canción. Realmente no merecía a una esposa tan comprensiva. Cuando la última parte de su piel volvió a su estado natural, un dolor agudo en un costado lo hizo estremecerse; allí encontró el rostro de su esposa. Su cabello castaño, ligeramente despeinado, recogido en una coleta suelta, tenía la misma expresión traviesa con la que se había enamorado.

“Arruina esos pensamientos morbosos que tanto disfrutas,” murmuró ella, pellizcándole de nuevo el costado y él fingió un quejido teatral. “Es una buena oportunidad para ver qué puede ofrecernos nuestro invitado.” Miró hacia el campo, situado tras la mansión. Este terreno de entrenamiento había sido utilizado por generaciones de herederos de Ardere. Su hija levantaba la gran espada Pyre y parecía intercambiar palabras con la serpiente. La serpiente, con tranquilidad, sostenía su maletín en una mano y la otra la dejaba perezosamente en el bolsillo. Su cabeza se inclinó en su dirección antes de que su hija volviera a centrar su atención en él. “Está preguntando dónde está su arma,” añadió su amor, usando los dones que le habían concedido. “¿Vino con una?” Sacudió la cabeza mientras seguía observando. “Solo llevó lo que ves ahora.” “Hmmm, puede estar en el maletín o quizás en el mismo contenedor,” meditó ella, tomando su mano y acariciándola. “Las serpientes son bastante creativas con sus herramientas.” No sería la palabra que habría empleado para describirlas. Apenas notó el calor que subía antes de que se formara un símbolo y de él surgieron tres chorros de fuego ondulantes. Una apertura poderosa, pero medida, diseñada para desequilibrar a su oponente y tomar la iniciativa en la pelea. En ocasiones raras, había visto combates terminar allí. La serpiente apenas se movió, dando unos pocos pasos, y de alguna forma se deslizó entre las llamas. Su hija no estaba ociosa y su figura se difuminó al reaparecer con Pyre en alto. Apenas podía seguir sus golpes, pues su potenciación nunca avanzaba lo suficiente para verlo claramente. La serpiente era más fácil de observar; sus movimientos, generalmente pequeños, a veces parecían como si no hubiera movido nada. Su hija retrocedió y levantó Pyre hacia el cielo. La energía se acumuló brevemente y luego explotó en forma de una legión de esferas de fuego. Rondaban el campo, bailando en el aire. Una avanzaba, luego otra. Pronto, el centro del campo se inundó de ellas. Se lanzaban, giraban, las seguían, explotaban, pero, lo más importante, fallaban. Cuando la última fracasó en su intento, la serpiente permaneció allí, quizás en el mismo sitio. Ella apuntó Pyre hacia la serpiente y lanzó un rugido; una ola de fuego la respondió. Amenazando con envolver el campo y a la serpiente en su abrazo. Fue un despliegue grandioso, que evidenció que su reconocimiento como una de las más fuertes de la Academia no era en vano. “Y yo que pensaba que le enseñé mejor a esa muchacha,” comentó amargamente su esposa. “¿Cuándo aprenderá a controlar ese temperamento?” Él eligió no señalar quién se lo había transmitido, aunque coincidía en su juicio. No era un hombre de combate, pero había visto suficientes peleas para comprender. El ataque de su hija, aunque espectacular, era inútil. Un adversario de su nivel simplemente saltaría o reforzaría su escudo para afrontarlo directamente, distribuyendo el poder de manera que no provocara un intercambio equivalente. A estas alturas, sin saber que su oponente era una serpiente, su hija debería tener la inteligencia suficiente para entender que no se enfrentaba a alguien incapaz. Como prueba de sus observaciones, la serpiente, sin dejar de sostener en su bolsillo la mano, soltó un ademán distraído y atravesó las llamas con un hueco en su ataque. En honor a su hija, él no dudó en volver a cruzar esa brecha y retomar sus golpes. “Eso no fue una manifestación.” La mirada de su amor no perdía detalle. “Él tomó control de la magia que venía hacia él.” Podía sentir cómo su ceño se profundizaba. “La magia de nuestra hija se está apagando.” Ella le acarició, aún con las manos unidas. “Lo esperaba, dadas las libertades que ha tomado. Nuestro invitado es el extraño.” No le gustaba la luz que brillaba en los ojos de su amor. “Incluso enfrentando su embate, no ha manifestado nada; ni siquiera puedo asegurar que esté usando su escudo. Es fascinante, casi como observar a los Dedos o a aquel viejo amigo mío.” Su expresión se tornó aún más sombría, pues nunca confió en esa mujer y agradecía que ya no hablaran. “Es una pena que su mente esté demasiado caliente como para prestar la atención que merece; sería una valiosa experiencia de aprendizaje.”

La pelea continuaba con ferocidad. "¿Estás seguro de que él tiene la edad suficiente para llevar el título de estudiante?" "Nada es seguro", gruñó él, "pero, ¿qué ganarán las serpientes enviando a uno de los suyos para que sea asesinado por los protegidos de la Academia?" "Eso solo lo hace más intrigante. ¿Qué podría haber ofrecido nuestro amado Emperador para arriesgar a una criatura así? Control y movimientos como esos no se enseñan fácilmente; deben haberse iniciado desde muy temprano". Conocía ese tono y la advertencia que entraba con él. "Claire, mi amor". Su voz sonó cansada. "¿Necesito recordarte que tratamos con una serpiente? Son seres peligrosos que hay que evitar o eliminar, no con quienes hay que jugar". "¿De verdad? La serpiente que tanto temes ha estado jugando con nuestra hija durante algún tiempo y aún no le ha producido ni una sola herida". Esto solo aumentaba su inquietud. "Nunca se trata de si, sino de cuándo", afirmó. No sabía por qué seguía protestando; su decisión ya estaba dicha. "No lo creo. Él está siendo bastante suave con ella". Un tono de sorpresa se escuchó, "Demasiado suave; las contusiones sanarían antes que su orgullo". La farsa del combate se deslizó mientras su hija se mantenía en un extremo, Pyre apenas por encima del suelo. La llama en la hoja había cambiado de tono, y, aun a esta distancia, podía ver su respiración entrecortada mientras peleaba por mantenerse en pie. Con un último grito, los restos de su poder se aflujaron, y un golpe final partió el campo en dos. Como todos los anteriores, no encontró a la serpiente. Pyre cayó al suelo, y las rodillas de su hija no tardaron en seguirle. Un alarido atravesó lo que quedaba del terreno y desgarró su corazón. El dolor de sentirse débil nunca había sido tan punzante. La mano de su amada dejó la suya y encontró apoyo en su espalda, empujándolo hacia adelante. "Ve, consueta a nuestra hija. Bríndale la seguridad que necesita. Quizás incluso puedas abrir una lata de esos dulces de Anís que tanto les gustan a ustedes dos". Se dio un paso, pero se detuvo al mirar a la serpiente. Parecía como si acabara de regresar de un paseo por el jardín, en lugar de haber participado en alguna pelea. Sintió la mano que lo impulsaba de nuevo hacia adelante, y el susurro de su amada le acarició el oído. "Déjame encargarme del muchacho. Después de todo, incluso las serpientes pueden ser hechizadas".